

Cultura

El voluntariado encuentra sentido en la “Epifanía del Otro”

Yolanda Zamora

Tomo prestado el término “Epifanía del Otro” del filósofo judío **Emmanuel Levinas**, cuyo pensamiento filosófico está fundamentado por la presencia del prójimo en nuestra vida, es decir, por el Otro, que se manifiesta y se ilumina ante nosotros, interpelándonos.

Inicio también con una enorme felicitación desde el corazón, desde la vida y desde el amor; una felicitación plena de admiración y respeto en el **Día del Voluntariado**, hacia todos y cada uno de los que han hecho del servicio al prójimo un proyecto de vida. Y con cierta reserva, invito a atisbar lo que significa el ejercicio del voluntariado, desde la reflexión filosófica. Estoy consciente, sin embargo, de que, ¡es tan poco lo que uno puede agregar a la realidad plena de desafíos y de milagrosos encuentros en la vida de una persona que ejerce el voluntariado!

Al hablar de Voluntariado, es obligado referirnos a este concepto que involucra claramente una de las notas constitutivas del ser humano: la Voluntad, de ahí la palabra: *Voluntariado*. Es decir, pongo mi voluntad, libremente, gratuitamente, al servicio del prójimo.

La voluntad, junto con la inteligencia y la libertad del hombre, le conceden esa dignidad ontológica que sólo posee el ser humano, en relación con el resto de las criaturas del cosmos. Ello le permite apertura y relación con el otro.

Voy a referirme, en un primer momento a Emmanuel Levinas, filósofo francés, judío, quien, en su libro titulado *Humanismo del Otro*, publicado en 1972, perfila, precisamente **un nuevo humanismo, el humanismo del Otro**. Más allá de la desesperanza existencial, más allá del humanismo clásico, se perfila un nuevo humanismo, el humanismo del otro hombre, que se preocupa más por el hambre, la miseria, el dolor del otro aquí y ahora, la coexistencia pacífica, la igualdad de oportunidades... es la experiencia del otro como fuente de sentido.

Y Levinas desarrolla esta experiencia del otro, en medio de la debilidad sin cobardía y del ardor que enciende la compasión. Una de sus frases, plenas de poesía dice: “Las lágrimas son, tal vez, el desfallecimiento del ser cayendo en humanidad, es el ser que se ilumina para que pueda ser recibido”.

Sostiene Levinas en su libro *Totalidad e Infinito*, que existe una gran diferencia entre la totalidad, es decir, la **totalidad** de mí mismo, que excluye todo lo que no sea yo, y el **infinito** todo aquello que desborda mi finitud, es decir, el otro, el radicalmente otro, que me interpela a través de su rostro, parecido a mí, pero diferente. Es la presencia de lo que me excede: el huérfano, la viuda, el marginado, el migrante, el enfermo, el cautivo, el torturado... figuras de la debilidad.

“**Hola, soy el Otro**” ... dice Levinas, hablando de ese momento en que el otro se cruza frente a mí de diversas maneras, y me interpela, me cuestiona, me desacomoda y exige una respuesta, una “caricia” –dice Levinás– caricia como metáfora de la otredad, del encuentro,

de un contacto, de un salir de mí hacia el otro, como prioridad. Esto exige hacer un lado mi “mismidad” para salir encuentro del otro como prioridad, con una orientación activa y productiva del amor, una generosidad radical. Este es el fundamento del ejercicio del Voluntariado.

Pero, en medio de los desafíos que ello implica, desde el olvido de sí, hasta la entrega decidida al otro, pasando por el cansancio, los altibajos cotidianos, la falta de recursos..., existe un desafío aún mayor: **la entrega** que tiene como sentido la orientación absoluta hacia el Otro. Esto es, que va más allá de la expectativa de gratitud (muy humana, por cierto), la renuncia misma a ser contemporáneo de la conclusión, la renuncia a ser contemporáneo del triunfo de tu obra. Es la renuncia a “entrar a la Tierra Prometida”, dice Levinas.

Y aquí me vienen a la mente frases como: “Dios te lo pague... te estás ganando el Cielo... Dios te dará más... eres una santa...” ¡Éste es el gran desafío! Y no es que yo sostenga que todo esto anterior no existe, sin duda es verdad, pero no puede ser el motor principal de mi servicio, porque, como dice la Palabra “Lo demás se te dará por añadidura” ... En todo caso, no puede ser esta expectativa la motivación de mi entrega. **El acto de amor se llena de sí mismo**, no puedo esperar esa consecuencia de mi bien actuar, porque **mi acción está completa en el privilegio de dar**. Bien lo dice San Vicente de Paul: “Y cuando sirvan a un menesteroso, no se olviden de agradecerle que les permita servirles”.

Este gran desafío para el voluntario implica una entrega más allá de mí, y más allá de mi muerte. Si bien Heidegger, filósofo alemán, define al hombre como “un ser para la muerte”, Levinas dirá: “no es un ser para la muerte... es *un ser para más allá de mi muerte*”. Es en todo caso, el pasaje al tiempo del otro, incluso de aquellos que habrán de venir después de nosotros.

Yo no sólo soy para mi prójimo, ése que está junto a mí, cuyo rostro miro, y cuya palabra escucho, es decir, mi contemporáneo. Mi impulso generoso va de tal manera hacia el Otro, que no tiene retorno y alcanza incluso a los que estarán **después de mí**. La obra voluntaria y llena de amor es la orientación absoluta del Mi Mismo, hacia el Otro, participando de un proceso teleológico que me trasciende. Sin retorno.

Es la manifestación del Otro ante mí, su epifanía que me convoca y enciende mi acción amorosa, decidida, en gratuidad total. ¿No es ésta la amorosa preocupación primigenia de Jesús, el Otro, el débil, el menesteroso, el sufriente... llevada hasta sus últimas consecuencias? ¿Recibida aún por nosotros, por ti y por mí, dos mil años después?

No hay lugar aquí para la indiferencia. **No hay lugar para delegar** lo que únicamente tú, puedes hacer, y que nadie más hará por ti. No hay lugar para restarle importancia al dolor del otro... **no hay lugar para pensar en ti**, esperando la reciprocidad de tus actos. La mirada no puede ser miope, la mirada está en un plan divino que nos rebasa.

Cierro esta parte con una reflexión más de Levinas, plena de consuelo y serenidad de espíritu: “Hay una nobleza muy grande en la energía liberada de la opresión del presente”. No queramos ver resultados inmediatos, la paciencia, la esperanza en un proceso que nos trasciende, y del que estamos formando parte, será el agua fresca que nos permita seguir el camino hacia el Otro que se nos manifiesta, es la visitación del otro, su epifanía...

Ante la exigencia del Otro, **el yo**, infinitamente responsable, *se expulsa del reposo*, no hay lugar para la complacencia, porque toda complacencia destruye la lealtad del movimiento ético.

Es en este momento, refiriéndonos a la complacencia de sí mismo, donde convoco a otro filósofo, existencialista francés, pero, existencialista católico: **Gabriel Marcel**, para quien el ser humano es un *homo viator*, **un ser en camino**. Y es el alma la viajera orientada hacia la trascendencia.

Para Gabriel Marcel, el ser humano sólo existe en función de los otros que están en su vida. El decir, *yo aquí presente* indica una necesaria referencia al otro. Aún el acto del joven que le lleva flores a su novia significa la expectativa de que su acción recaiga sobre sí mismo, “espero que mi novia se dé cuenta de que soy un buen muchacho que le llevo flores”. Es muy frecuente **la presencia del Otro en nuestra vida, como caja de resonancia**. Y en la medida en que me preocupo del efecto de mis actos, de mis palabras, todas mis actitudes pierden su autenticidad, y el Otro se convierte en un objeto que puedo manipular para que mi ser resuene mejor en él, para que me refleje, me devuelva la bondad de mis actos. ¿Cómo separarte de esta expectativa? Este es el reto, el gran desafío. Atención, no se trata de sufrir el camino, por supuesto que no. Sino de **purificar la motivación**, la intención de mis actos, soltar radicalmente la expectativa luego de dar mi mejor esfuerzo, con la alegría que lleva saberse pleno y capaz de dar, pero sin esperar el camino de regreso de mi acción, porque la plenitud de mi acción lo contiene todo.

Válido es el gozo de dar, porque *plenifica* los talentos que me fueron dados, **potencia** estos talentos y recibo, en ese mismo momento el **privilegio** de participar, de entregarme a un plan que me rebasa... y soltar, soltar en la serenidad de espíritu, en la confianza absoluta, y en el agradecimiento de haber participado. Porque, nada hay en mí –dice Marcel– que no deba ser considerado como un don.

Gabriel Marcel hace un llamado a la “fidelidad creadora”, entendida la creatividad, el acto por el cual uno se pone a disposición de aquello que me trasciende, es decir, en el camino de la trascendencia. Aquí, en este momento, aparece **la esperanza**, dice Marcel: Esperanza absoluta, inseparable de una fe absoluta, abandono con absoluta confianza, que trasciende todo condicionamiento y toda representación.

Y con esta reflexión, que nos abre la puerta a la Esperanza, por más grande que sea el desafío, vale recordar: **“Debe haber un camino... y, de la mano del Otro, lo encontraré”**.